

FILOSOFIA DE LA ACCION Y PSICODRAMA

El Espectador

No es para nadie un secreto que España ni tiene una tradición filosófica especialmente brillante ni ocupa en la actualidad un lugar destacado en el concierto filosófico internacional. Y es ya un tópico repetido hasta la náusea la idea de que el aislamiento intelectual es una de las causas fundamentales del papel secundario que los filósofos de este país han desempeñado en el desarrollo del pensamiento moderno y contemporáneo.

Esto no impide, sin embargo, que los profesionales españoles de la filosofía vayan haciendo sus cositas e intentando, poco a poco, que la filosofía española salga de su relativo anonimato y conquiste un lugar bajo el sol. Por lo tanto, toda iniciativa tendente a facilitar el contacto con las figuras más importantes del pensamiento actual debe ser bienvenida. Este es el caso del *Simposio Internacional sobre Filosofía de la Acción y la Comunicación* que, organizado por la revista *Teorema* y el Instituto Alemán, ha tenido lugar en Madrid entre los días 24 y 26 de marzo.

El simposio ha permitido reunir en Madrid a algunas de las figuras más prestigiosas tanto de la comunidad filosófica continental como de la anglosajona. Ello nos ha proporcionado la oportunidad de asistir a un interesante debate entre filósofos de la talla de Habermas, Davidson, Searle, Luhman o McCarthy. No caeremos en la ingenuidad de intentar resumir en unos folios el contenido de las distintas ponencias. Baste decir que en conjunto éstas no desmerecieron en absoluto del interés que la fama de sus autores había despertado, que hizo que, a pesar del secreto en que los organizadores intentaron (con poco éxito) mantener el lugar del encuentro, la capacidad del salón de actos del Instituto Alemán no fuera en ocasiones suficiente.

Puesto que la organización de un simposio de estas características no es tarea sencilla, se impone una felicitación a los organizadores (una vez más el Prof. Garrido ha demostrado ser el mejor *manager* de la filosofía española). Es una lástima, sin embargo, que tan loable esfuer-

zo se haya visto empañado por el irregular funcionamiento de la traducción simultánea. Por ejemplo, el encargado de traducir la conferencia del Prof. Searle al castellano desapareció misteriosamente y sólo apareció cuando, mediada la ponencia, los asistentes que desconocían la lengua inglesa, es decir, los únicos que realmente necesitaban la traducción simultánea, ya habían abandonado la sala. La traducción también se interrumpió súbitamente a mitad de la conferencia del Prof. Habermas; cuando reaparecieron las cuartillas traspapeladas la traducción se reanudó, pero dejó de ser simultánea y los esfuerzos del traductor por recuperar la simultaneidad perdida obligaron a los sufridos oyentes a realizar el no desdeñable esfuerzo intelectual de intentar asimilar el contenido de una conferencia, ya de por sí dura, recitado a doble velocidad de la habitual. Una vez resimultaneada la traducción, cuando las neuronas de los oyentes recuperaban el aliento, las traviesas cuartillas volvieron a desaparecer, esta vez definitivamente, para desesperación del público no germano ni angloparlante y, sobre todo, de los exiliados que por falta de espacio seguían, o más bien intentaban seguir la ponencia por video, que se quedaron sin traducción y sin original y tuvieron en consecuencia que conformarse con observar el movimiento de los labios del conferenciante.

Pero un encuentro de estas características no debe cumplir únicamente la función de permitir a los filósofos españoles escuchar en directo a los monstruos de la filosofía actual. Debe, en la misma medida, servir de escaparate de la filosofía española. Como es natural, las in-

tervenciones de los invitados extranjeros más conocidos se habían programado a las horas de mayor audiencia. Pero el profesor Mosterín, quizá no satisfecho con el horario que se le había asignado, o quizá debido a los efectos de la movida madrileña, no se presentó a la hora prevista. Los organizadores tuvieron entonces la poco feliz ocurrencia de invertir el orden de las intervenciones. Esta alteración imprevista del programa hizo que los asistentes que acudieron puntualmente a escuchar la ponencia del profesor McCarthy se encontraran con la desagradable sorpresa de que habían perdido su conferencia. En lugar de ésta, se vieron obsequiados con una disertación del profesor Mosterín titulada «Hacer lo que uno quiere». Mosterín puso en práctica el título de su conferencia largando un discurso que poco o nada tenía que ver, ni con dicho título, ni con los temas abordados por los demás ponentes, ni con el sentido común.

Pero no sólo el Prof. Mosterín avergonzó a los filósofos españoles ante tan ilustres visitantes. La mesa redonda que cerraba el simposio tuvo un tono más relajado que el resto. Ello es normal, pero no lo es el que se convirtiera en un auténtico psicodrama. Todo comenzó con una diatriba un tanto extemporánea del Prof. Lledó contra la moda Heidegger en general y contra el hecho de que se haya traducido recientemente el libro de Pöggeler *El camino del pensar en Heidegger* en particular. Esto motivó la intervención indignada de un miembro del público que, aunque confesó no conocer la filosofía heideggeriana, consideraba injusto al ataque de Lledó, basándose en la idea de que

Heidegger había influido en Rilke, de quien el interviniente se declaró gran admirador. Llevado por su devoción procedió a recitarnos un poema, aunque con poco éxito, ya que le falló la memoria y tuvimos que conformarnos con un solo verso (quizá influyó algo en este vacío memorístico el que el poema versara acerca del olvido). Todo ello provocó la hilaridad, primero contenida, luego estentóramente manifiesta, del público asistente. El tono festivo se prolongó, con breves intervalos, gracias a otras intervenciones. Entre éstas habría que destacar la lectura de largos párrafos de Husserl en alemán (con un acento espantoso por cierto) por parte de un profesor universitario de Historia de la Filosofía de estrafalario aspecto, los encendidos llamamientos de otro profesor a aunar esfuerzos para que, a diferencia del XX, el siglo XXI sea un siglo auténticamente kantiano o la alegoría del Prof. Garrido sobre la historia de la filosofía, en la que narraba sus aventuras y desventuras en la ciudad de las ciencias naturales y en la de las ciencias humanas. En fin,

que todos consideraron, por alguna extraña razón, que esta mesa redonda era la ocasión ideal para sacar a relucir sus propias obsesiones o para dar a conocer sus dotes literarias. Para colmo de males, la única espectadora que dijo algo que iba en serio pronunció su intervención a tal velocidad que no pudo ser traducida adecuadamente al idioma de los interpelados e incluso se permitió el lujo de contestar airadamente al Prof. Davidson cuando le pidió por segunda vez que para un poco el carro.

Vamos, que mientras la estrella hispana en los simposios internacionales sea el Prof. Mosterín con sus disquisiciones, en sus dos idiolectos favoritos (el pseudoinglés y el pseudocastellano), acerca de los monos, los extraterrestres y su peculiar mística panteísta-cientificista y mientras las mesas redondas de clausura se conviertan en sesiones de terapia de grupo, vamos a tardar en ascender, al menos en filosofía, a la Primera División. Es una pena, porque, en conjunto, el simposio fue excelente.

Cheque nominativo a favor de Ediciones Antonio Machado, S. A.

Domiciliación bancaria para lo cual ruego al Banco/Caja

Ag. n.º _____

Domiciliada en _____

Provincia _____

abono a Ediciones Antonio Machado, S. A., hasta nuevo

aviso y con cargo a mi C/C o libreta de ahorro n.º _____

al importe de la suscripción a la revista

LA Balsa de la Medusa a la presentación del presente recibo.

Don/Doña _____

Domicilio _____

Teléfono _____

Cod. Postal-Población _____

Provincia _____

País _____

Fecha _____

FIRMA _____